ANÁFORAS QUE DEJAN DE SERLO: DE LA INTERACCIÓN DEL DISCURSO Y LA MORFOSINTAXIS¹

Antonio Fábregas

ANAPHORAS THAT STOP BEING ANAPHORAS: ON THE INTERACTION BETWEEN DISCOURSE AND MORPHOSYNTAX

Abstract: There is a debate about whether the appropriate level to study referential relations between pronominal expressions should be morphosyntactic or discursive. This article explores the issue through a study of some cases where the referential sense of a pronoun does not correspond to its morphosyntactic endowment. It is concluded that morphosyntax is necessary to ban otherwise possible discursive construals, but that – in possible structures – the interpretation received by pronouns is determined by discursive factors

Keywords: anaphoric expressions; pronouns; clitics; discourse; reference shift.

Resumen: En la actualidad existe un debate acerca de si el nivel apropiado para estudiar las relaciones referenciales entre expresiones pronominales debería ser la morfosintaxis o un nivel pragmático-discursivo. Este trabajo se plantea esta pregunta mediante el estudio de una serie de casos donde el sentido referencial de un pronombre es alterado discursivamente con independencia de sus rasgos morfosintácticos. Entre las conclusiones destaca que la morfosintaxis es necesaria para explicar la desaparición de interpretaciones discursivas que, de otra manera, deberían ser posibles, pero que, en las estructuras posibles, la interpretación que reciben los pronombres está determinada por factores discursivos.

Palabras claves: expresiones anafóricas; pronombres; clíticos; discurso; cambio de referencia.

1. La correferencia: aproximaciones morfosintácticas y discursivas

Una de las cuestiones fundamentales en la gramática de los pronombres es determinar la manera en que estos establecen relaciones referenciales con distintos participantes dentro y fuera de su estructura sintáctica. Hay dos visiones fundamentales, y hasta cierto punto, enfrentadas. La primera, a la que llamaremos «morfosintáctica», propone que la referencia de un elemento pronominal está determinada por dos factores: su propia naturaleza morfosintáctica y el resto de elementos que se encuentran dentro de su dominio sintáctico inmediato. La expresión más clara de esta teoría es Chomsky (1981), aunque llega hasta nuestros días (cf., por ejemplo, Reinhart y Reuland 1993; Rooryck y Vanden Wyngaerd 2007; Reuland 2011). La propuesta se enuncia de esta manera: hay

¹ Esta investigación ha sido parcialmente financiada con el proyecto FFI2013-41509-P del Ministerio de Economía y Competitividad (España).

una división morfosintáctica entre dos clases de expresiones pronominales, pronombres puros (1a) y anáforas; estos elementos son distintos bien porque están sujetos a principios sintácticos distintos o bien porque su composición de rasgos es distinta y fuerza a la segunda clase a concordar directamente con expresiones referenciales dentro de su mismo dominio sintáctico.

- (1) a. yo, mí, nosotros
b. mí mismo, ti mismo, nosotros mismos

A partir de esta división, Chomsky enuncia los famosos tres principios de la teoría del ligamiento:

Principio A. Una anáfora debe tener un antecedente local (=dentro de su mismo dominio)

Por este principio, la expresión anafórica subrayada aquí debe ser correferencial con Juan, en su misma oración, no con Pedro.

- (2) Pedro dijo que Luis se había contratado a sí mismo.

Principio B. Un pronombre no puede tener un antecedente local jerárquicamente más alto.

Por este principio, el pronombre subrayado en este ejemplo debe referirse a Pedro, no a Luis.

- (3) Pedro dijo que Luis lo había contratado a él.

Principio C. Una expresión referencial (eg., un nombre propio) no puede tener un antecedente que lo preceda, ni en su dominio local ni fuera de él.

Es decir, el nombre propio nunca puede referir a la misma entidad que el pronombre que lo precede en su misma oración o en otra oración distinta: Pedro no es fácilmente *le* en el siguiente ejemplo.

- (4) Luis le dijo que Pedro es inteligente.

Frente a esto, hay una segunda orientación teórica, la que se basa en la pragmática discursiva, y defiende que las restricciones a la referencia de las expresiones pronominales se deben interpretar como condicionadas por condiciones pragmáticas, como la topicalidad o la existencia de alternativas gramaticales con otras interpretaciones gramaticales (Givón 1983; Gernsbacher y Hargreaves 1988; Frazier y Clifton 1996; Sanders 1997; Thornton, Gil y MacDonald 1998; Kehler 2002; Järviki, Gompel, Hyönä y Bertram 2005; entre otros). Uno de los ejemplos típicos es la siguiente asimetría, debida a Hemforth, Colonna, Pynte y Konieczny (2004): dada la misma oración, en alemán se prefiere *Polizist* ‘policía’ como antecedente del pronombre subordinado, mientras que el francés prefiere *facteur* ‘cartero’.

- (5) a. Der Polizist hat den Briefträger getroffen, bevor er nach Hause ging.
el/policía/ha/al/cartero/encontrado/antes/él/en/casa/entró
b. Le policier a rencontré le facteur avant qu’il rentre chez lui.
el/policía/ha/encontrado/al/cartero/antes/que él/entre/en.casa/de él
‘El policía encontró al cartero antes de que entrara en su casa.’

La causa de esto, según estos autores, es que en francés (5b) contrasta implícitamente con otra estructura –con infinitivo– en la que solo es posible interpretar que el sujeto de la subordinada es el sujeto de la principal. El hablante deduce, entonces, que si se ha empleado (5b) en lugar de la alternativa no ambigua (6), es porque se quiere decir que

el sujeto de la principal no es correferencial con el de la subordinada. Nótese que en español, donde también se puede elegir entre estas dos construcciones, tenemos la misma preferencia que en francés. En alemán, en cambio, no hay alternativa, y se prefiere el sujeto de la principal como antecedente porque cumple otros requisitos –topicalidad, causalidad, etc.– que lo hacen más saliente.

- (6) Le policier a rencontré le facteur avant de rentrer chez lui.
 el/policía/ha/encontrado/al/cartero/antes/de/entrar/en.casa/de él
 «El policía encontró al cartero antes de entrar en su casa.»

Aunque ambas aproximaciones, la morfosintáctica y la pragmático-discursiva, se presentan en oposición, hay puntos en los que pueden ser compatibles. La teoría morfosintáctica bien podría dar cuenta de por qué un pronombre no puede ser correferencial con una expresión jerárquicamente más alta dentro de su propia categoría –dictando qué es lo imposible–, mientras que la teoría pragmático-discursiva podría examinar la preferencia por uno u otro de los muchos antecedentes potenciales que habría en el discurso, fuera de esa oración –por tanto, una teoría de lo preferido dentro de lo posible–. La cuestión es si hay otros patrones empíricos, distintos a los contrastes que se han mostrado hasta ahora, que pueda ayudar a entender mejor la relación entre pragmática y morfosintaxis en este ámbito empírico. El objetivo de este artículo es, precisamente, el de identificar y discutir uno de estos casos potenciales.

2. Cambios de sentido

Los datos que vamos a discutir aquí resultan interesantes para considerar este debate entre teorías morfosintácticas y teorías basadas en el discurso. En una situación discursiva no marcada, la primera persona refiere deícticamente al hablante –quien sea– y la segunda, al oyente. Sin embargo, hay un procedimiento discursivo que permite alterar esta referencia:

- (7) {Yo de ti / yo que tú / si yo fuera tú}, no iría allí.

Es claro que, gracias a la expresión subrayada, aunque el verbo *iría* es gramaticalmente una primera persona, la intención es que se refiera al oyente, no al hablante. Es decir: gramaticalmente, es una primera persona, pero discursivamente la fuerza y sentido retórico que tiene se aplica a la segunda persona.

Un aspecto que no ha recibido, tal vez, suficiente atención en la bibliografía es que este cambio de sentido discursivo tiene efectos gramaticales. Imaginemos la siguiente situación: Pedro ha montado una empresa de creación de páginas web, y discute las posibles contrataciones con su amigo Juan. Pedro está buscando, específicamente, un experto en derecho digital, y Juan tiene las cualificaciones. Juan quiere decirle a su amigo Pedro que lo contrate a él. En ese contexto, la siguiente oración es posible.

- (8) Si yo fuera tú, me contrataría a mí.

Hay una propiedad sorprendente de esta oración si nos atenemos a su forma: el pronombre *mí* debería aparecer en forma reflexiva, *a mí mismo*, porque, gramaticalmente, el sujeto implícito (yo) es una primera persona singular, y también es primera persona singular el complemento directo. Desde un punto de vista estrictamente formal, utilizar aquí un pronombre, no una anáfora, debería ser una infracción del Principio B de la teoría del ligamiento, que dicta que un pronombre no puede estar coindizado con una

expresión referencial dentro de su mismo dominio sintáctico. Y sin embargo, utilizar una expresión anafórica –un reflexivo– en este caso no corresponde con el mensaje que se quiere comunicar en el enunciado.

(9) Si yo fuera tú, me contrataría a mí mismo.

Esta oración es posible, pero tiene otro sentido. Concretamente corresponde a una situación en que Juan le está diciendo a Pedro que debería contratarse a sí mismo como experto en derecho digital. Lo sorprendente de (9) no es su forma, sino su sentido: aunque tenemos rasgos de primera persona en los pronombres, lo usamos para referirnos al oyente, no al hablante.

Los ejemplos anteriores están elicitados, es decir, no corresponden a ejemplos encontrados en corpus, pero también existen tales casos:

(10) Si yo fuera tú... no podría quererme y me despreciaría por lo poco que valgo.

[España, Enrique González Duro, *Las neurosis del ama de casa*. Apud CREA escrito, RAE]

En el contexto, es claro que el sentido es: su pareja no podría querer al hablante y despreciaría al hablante. La primera persona en (10) corresponde a dos voces: a la pareja (como sujeto de *querer* y *despreciar*) y el hablante (como complemento de estos mismos dos verbos y además como sujeto de *valer*). De nuevo, la forma reflexiva habría dado otro significado: su pareja no puede quererse a sí misma.

(11) Si yo fuera tú, no podría quererme a mí mismo.

Pero, además, en el corpus, también tenemos casos en los que el requisito formal –coincidencia formal de rasgos– se ignora y el reflexivo corresponde exclusivamente al sentido. La siguiente oración es claramente agramatical, por motivos que el Principio A podría explicar sin dificultad: no hay coincidencia en rasgos entre el sujeto y el complemento preposicional.

(12) *Yo confiaría en ti mismo.

Sin embargo, en (13), donde la expresión *yo que tú* indica claramente que hay un cambio discursivo de sentido en la referencia del pronombre, encontramos precisamente esta secuencia.

(13) Yo que tú, confiaría en ti mismo [CREA oral, Madrid, 26-05-1991].

El sentido de esta oración es claro: el oyente debe confiar en él mismo.

2.1. Contextos de correferencia parcial

Este mismo cambio discursivo de sentido también permite que ciertas construcciones con anáfora parcial, que habitualmente son extrañas, mejoren. Consideremos (14).

(14) ??Nos tomé una foto.

Es difícil encontrar estas secuencias en corpus,² y los hablantes nativos consultados tienden a rechazarlas. La posible explicación que suele presentarse en estos casos tiene que ver con la correferencia solo parcial entre el complemento indirecto y el sujeto. El sujeto se refiere al hablante, que está incluido dentro de un grupo mayor representado por el

² En google, hemos logrado encontrar un solo caso, que prueba que la construcción no es, pese a todo, completamente imposible, apoyando de nuevo un acercamiento al menos parcialmente discursivo:

(i) Te prometí una foto y nos he tomado una.
[http://www.cetreria.com/foro/viewtopic.php?f=1&p=523474]

complemento indirecto (es decir, el hablante X tomó una foto de X y al menos otra persona más). En tanto que hay correferencia entre el sujeto y parte del complemento, se esperaría un reflexivo; en tanto que no hay correferencia entre el sujeto y el resto de personas referidas en el complemento, se esperaría un pronombre no reflexivo. El choque entre estos dos requisitos contradictorios explica la marginalidad del ejemplo, que se incrementa si tratamos de expresar enfáticamente el complemento. Los juicios de (15) son los de los hablantes consultados –de España y Venezuela–, y el autor de este texto los comparte.

- (15) a. *Nos tomé una foto a nosotros mismos.
b. *Nos tomé una foto a nosotros.

Pues bien: con el cambio de sentido en la referencia del pronombre, la oración de (14) mejora. Si los hablantes titubeaban al aceptar o rechazar (14), hay acuerdo –al menos entre los consultados– en que (16) es una oración natural.

- (16) Si yo fuera tú, nos tomaría una foto.

La explicación es simple si se tiene en cuenta el sentido: en (16), aunque los rasgos formales sí puedan dar lugar a correferencia parcial, en el sentido no la hay, porque el sujeto de *tomaría*, discursivamente, es el oyente, que de ninguna manera está incluido en la referencia del complemento –dicho de forma más simple, el sentido de (16) es X toma una foto de Y+otras personas; no X toma una foto de X+otras personas–. Por este mismo motivo, el equivalente a (15b) se acepta en este contexto, suponiendo una situación de énfasis contrastivo.

- (17) Si yo fuera tú, nos tomaría una foto a nosotros (no a ellos).

La versión reflexiva del pronombre no es gramatical, pero esto no es sorprendente ni desde el punto de vista formal ni desde el discursivo: entre el sujeto y el complemento ni los rasgos son idénticos (singular vs. plural) ni el sentido es el apropiado para la correferencia (no se trata de comunicar que el oyente debe tomar una foto de sí mismo con otra gente).

- (18) *Si yo fuera tú, nos tomaría una foto a nosotros mismos.

3. Algunas propiedades formales

En esta sección vamos a revisar las propiedades formales de la construcción. Donde hayamos encontrado ejemplos de corpus, las restricciones se ilustran a partir de ellos; en los casos en que no hayamos encontrado ejemplos, los datos reflejan las respuestas de los hablantes nativos consultados.

3.1. Sujetos explícitos

Normalmente, los casos en que la referencia del pronombre se altera discursivamente no resultan naturales con sujetos pronominales explícitos. Los hablantes consultados prefieren (19a) a (19b).

- (19) a. Si yo fuera tú, me contrataría a mí.
b. ??Si yo fuera tú, yo me contrataría a mí.

No obstante, esta restricción parece tener carácter discursivo. Concretamente, lo que parece explicar la extrañeza de (19b) es el hecho, repetidamente observado, de que en español los sujetos pronominales explícitos conllevan una lectura de tópico contrastivo.

En esa lectura, el referente designado se define por oposición a los otros referentes que pueden existir en el contexto discursivo. Es decir, en una oración como (20), la implicación fuerte es que, de todos los referentes humanos que hay en el contexto, la única persona que sabe la respuesta es quien pronuncia (20) –al menos, hasta donde esa persona sabe–.

(20) ¡Yo sé la respuesta!

Ahora bien, en los contextos discursivos donde se usa el cambio de sentido pronominal que motivan construcciones como *yo que tú*, precisamente lo que se quiere comunicar es la ausencia de este contraste: el hablante quiere dar a entender que tanto él mismo como, según su consejo, el oyente, deberían hacer lo mismo en esa situación. Es obvio que quien quiere comunicar algo como (19) no quiere dar a entender que el sujeto de su oración es el único en el contexto que lo contrataría. De ahí la extrañeza de esta clase de ejemplos.

Esta explicación de restricción discursiva está apoyada por las búsquedas de corpus. Hay un solo ejemplo en CORDE donde esta clase de oraciones lleva un sujeto pronominal explícito:

(21) De veras, creo que eres loco. Oye, Ernesto; *yo que tú*, después de lo que has insultado al hijo del Comandante y después que, en dos semanas, ni te ha mirado siquiera, y que tu amigo tampoco, el «Markask'a», por conveniencia con el Gerardo, ni te habla, **yo me fugaría lejos, donde mi padre!**

[Perú, José María Arguedas, *Los ríos profundos*]

Parece que lo que contribuye a esta situación es la gran cantidad de material lingüístico (subrayado) que hay entre *yo que tú* (en cursiva) y su continuación condicional (en negrita). La forma probable de interpretar esta situación es que, al introducir una cantidad considerable de material intermedio, el sujeto se hace explícito para facilitar la recuperación del antecedente, sin que tenga en este contexto el valor contrastivo. En este sentido, la presencia del pronombre expreso sería debida a lo mismo que permite pronombres reasuntivos en relativas en condiciones semejantes, o que recupera el sujeto de la primera oración a través de numerosas subordinadas.

(22) La chica a la que, mucho antes de conocer a tu actual esposa, durante aquellas vacaciones que pasaste en el Caribe, ¿te acuerdas?, *la* estuviste pretendiendo.

(23) Creo que Pedro te habrá dicho que el periódico ha publicado que una fuente no identificada va contando por ahí que *yo* he hecho algunos negocios sucios.

3.2. Una asimetría en las anáforas

Con los reflexivos tanto el corpus como el cuestionario muestran que se rechaza una oración como (24a), no documentada en corpus y considerada agramatical por los hablantes consultados, frente a (24b), con un complemento de régimen, que aparece en el corpus y además es aceptada.

- (24) a. *Yo que tú, te contrataría a ti mismo.
b. Yo que tú, confiaría en ti mismo.

La pregunta es cuál es la diferencia entre estas dos oraciones, y parece formal: (24a) tiene un complemento directo, y como sucede obligatoriamente en español cuando el complemento directo es un pronombre personal, el verbo debe estar acompañado de un clítico –te–. En (24b), en cambio, tenemos un complemento de régimen y como tal, nunca va acompañado de clítico de objeto, porque el español carece de clíticos correspondientes

a un complemento preposicional –al contrario de lo que sucede, por ejemplo, en catalán o francés–.

Parece, pues, que la *infracción* del principio A mediante el cambio de sentido discursivo no puede producirse en la presencia de clíticos. La forma más directa de interpretar este patrón es del siguiente modo: hay dos clases de elementos anafóricos pronominales de objeto.

a) los que admiten establecer una anáfora de sentido no con los rasgos formales, sino con el referente: *mí (mismo), ti (mismo)*.

b) los que no pueden establecer una anáfora de sentido salvo que el sentido coincida con los rasgos formales: *me, te*.

Así, (24b) es posible porque el único pronombre anafórico que contiene es *ti mismo*, y aunque el sujeto sea primera persona, si su sentido discursivo es segunda, puede legitimarse. Sin embargo, (24a), además de *ti mismo*, contiene *te*: si *te* no puede legitimarse como anáfora salvo que tanto la forma de sujeto como su sentido compartan rasgos, habremos explicado la asimetría.

3.3. Posesivos

Los posesivos, en la medida en que representan rasgos de persona, también están sujetos a los cambios de sentido. Si volvemos a nuestro ejemplo (21), repetido aquí como (25), vemos que hay un posesivo:

(25) ¡Yo me fugaría lejos, donde mi padre!

En el contexto de la narración, está claro que el hablante recomienda al oyente ir donde vive el padre del oyente, no el del hablante. Por ello, *mi padre* equivale aquí a *tu padre*. Esta situación es general, y muestra que los posesivos, al igual que los pronombres tónicos de objeto, permiten sin dificultad el cambio de sentido. A continuación se muestra otro caso del corpus.

(26) Apolo, ocasión es ésta / en que, si yo fuera tú, / quedara corta mi lengua.

[Rojas Villadandro, *El viaje entretenido*]

4. Análisis y consecuencias

Los datos anteriores nos muestran las siguientes generalizaciones:

a) Es posible que la anáfora refleje los rasgos del sentido que toma la referencia del pronombre en el discurso, independientemente de si estos coinciden o no con los rasgos morfosintácticos del sujeto (cf. *Si yo fuera tú, confiaría en ti mismo* vs. *Confiarías en ti mismo*).

b) En cambio, no parece posible que un pronombre clítico que aparezca asociado a un objeto como *ti mismo* no coincida con los rasgos de persona que expresa el verbo (**Si yo fuera tú, te contrataría a ti mismo*).

Este contraste resume el diálogo entre los aspectos discursivos y los aspectos morfosintácticos en el uso de las anáforas. Cuando aparece un clítico asociado, independientemente de que en el sentido el pronombre se refiera al oyente, debe coincidir en rasgos morfosintácticos con el verbo (*Si yo fuera tú, me contrataría a mí mismo*). ¿Cómo puede caracterizarse esta diferencia? La clave, según proponemos, es tratar el clítico anafórico asociado como un elemento que tiene un requisito morfosintáctico que es independiente de su interpretación discursiva:

- (27) Un clítico anafórico debe concordar en rasgos de persona y número simultáneamente con el sujeto (implícito) y con el pronombre anafórico al que se asocia.

Es decir: el clítico es un elemento puramente formal que no expresa referencia por sí mismo, sino siempre vicariamente a través de la referencia de su asociado. En la oración *Si yo fuera tú, me contrataría a mí mismo*, no hay ningún problema: el clítico tiene rasgos de primera persona singular, que coinciden con los del sujeto; su asociado también tiene rasgos de primera persona singular, por lo que puede concordar con ambos a la vez, ya que ambos pronombres coinciden en sus rasgos morfosintácticos.

En cambio, *Si yo fuera tú, te contrataría a ti mismo* es necesariamente agramatical dada esta propuesta: el clítico puede concordar con el sujeto, y entonces sería primera persona singular (28a), pero esto le impediría concordar con su asociado, que es segunda persona singular. Alternativamente, puede concordar con su asociado, segunda persona singular, pero esto bloquea que concuerde también con su sujeto, que es primera persona singular (28b). No podrá concordar con ambos a la vez sencillamente porque cada uno de los dos elementos tiene una especificación de rasgos que resulta incompatible.

- (28) a. *Si yo fuera tú, me contrataría a ti mismo.
b. *Si yo fuera tú, te contrataría a ti mismo.

Nótese, por cierto, que esta propuesta implica necesariamente que, pese a su identidad morfofonológica, no son morfosintácticamente iguales los clíticos asociados a un reflexivo (como en nuestro caso) y aquellos que se asocian a un pronombre no reflexivo, como (29). Estos segundos solo tienen que concordar con el asociado.

- (29) Si yo fuera tú, te visitaría a ti.

Frente a los clíticos anafóricos, las expresiones no clíticas –tanto anafóricas como pronominales– no tienen obligación de concordar con el sujeto en rasgos morfosintácticos. Admiten, de hecho, concordancia por el sentido, y entonces hacen referencia no a los rasgos morfosintácticos del sujeto, sino a los rasgos que normalmente se asociarían a su sentido. De ahí que (30) sea posible, y el hecho de que el complemento sea un complemento de régimen (que nunca se asocia con un clítico en español) impide que haya un choque entre los rasgos morfosintácticos del complemento y los del sujeto.

- (30) Si yo fuera tú, confiaría en ti mismo.

La conclusión final parece ser la siguiente: el discurso puede, si se dan las condiciones oportunas, modificar el sentido de las expresiones pronominales. Las expresiones pronominales, incluso las anafóricas, pueden hacer concordancia por el sentido, con independencia de los rasgos morfosintácticos de la expresión. La excepción son los clíticos anafóricos, que tienen una restricción morfosintáctica que les obliga a concordar (no por el sentido) con sujeto y asociado simultáneamente. De esta manera, el discurso se muestra como el nivel que determina el uso de las expresiones pronominales, incluso –frente a lo esperado por el Principio A– las que tienen naturaleza anafórica. Sin embargo, estas posibilidades referenciales a veces se hacen imposibles por los requisitos morfosintácticos específicos de ciertos elementos gramaticales, como los clíticos, que pueden participar en la construcción. La morfosintaxis, pues, se muestra como una teoría de lo posible y de lo imposible, mientras que el discurso es el nivel en el que se determina la interpretación de las estructuras posibles. Parece, pues, que ambas teorías deben ser simultáneamente empleadas para dar cuenta completa del comportamiento de las expresiones pronominales.

Bibliografía

- CHOMSKY, Noam (1981), *Lectures on government and binding*, Berlin / New York: Mouton de Gruyter.
- FRAZIER, Lyn – CLIFTON, Charles Jr. (1996), *Construal*, Cambridge (Mass.): MIT Press.
- GERNSBACHER, Morton Ann – HARGREAVES, David J. (1988), «Accessing sentence participants: the advantage of first mention», *Journal of memory and language* 27 (6), 699–717.
- GIVÓN, Talmy (1983), *Topic continuity in discourse: a quantitative cross-language study*, Amsterdam: John Benjamins.
- HEMFORTH, Barbara – COLONNA, Savéria – PYNTE, Jöel – KONIECZNY, Lars (2004), «Pronoun resolution across languages», *10th Annual Conference on Architectures and Mechanisms for Language Processing (AmLap)*.
- JÄRVIKI, Juhani – VAN GOMPEL, Roger P. G – HYÖNÄ, Jukka – BERTRAM, Raymond (2005), «Ambiguous pronoun resolution: contrasting the first-mention and subject-preference accounts», *Psychological science* 16 (4), 260–264.
- KEHLER, Andrew (2002), *Coherence, reference and the theory of grammar*. Stanford: CSLI.
- REINHART, Tanya – REULAND, Eric (1993), «Reflexivity», *Linguistic Inquiry* 24, 657–720.
- REULAND, Eric (2011), *Anaphora and language design*, Cambridge (Mass.): MIT Press.
- ROORYCK, Johan – VANDEN WYNGAERD, Guido (2007), «The syntax of spatial anaphora», *Nordlyd* 34(2), 33–85.
- SANDERS, Ted J. M. (1997), «Semantic and pragmatic sources of coherence. On the categorization of coherence relations in context», *Discourse Processes* 24, 119–147.
- THORNTON, Robert – GIL, Mariela – MACDONALD, Maryellen C. (1998), «Accounting for crosslinguistic variation: a constraint-based perspective», in: HILLERT, Dieter (ed.), *Syntax and semantics: a crosslinguistic perspective*, New York: Academic Press, 211–225.

Antonio Fábregas
Office E-1019
HSL-Fakultet
Universitet i Tromsø
N-9037 – Tromsø
Noruega
antonio.fabregas@uit.no